

**RASGOS DE UNA COMUNIDAD  
NÁHUATL**



Se puede llegar a este poblado siguiendo la carretera federal hacia Xochicalco desde Alpuyecá. Pasando la Zona Arqueológica de Xochicalco se encuentra una bifurcación que por la derecha conduce a Tetlama y por la izquierda a Cuentepec. A lo largo del trayecto, la vista panorámica deja ver grandes extensiones de tierra delimitadas por tecorrales; desde los cazahuates y cuaulotes que bordean la carretera se asoma el ganado, que es desplazado de un terreno a otro en busca de pastizales; y al fondo, muy al fondo, entre un terreno accidentado, se asoman pequeños cuadros grises y blancos que, al acercarse, toman nitidez y se convierten en casas (figura 8). El sonido de las aves es progresivamente reemplazado por el de las moto-taxis, el trote de caballos y el barullo de los pobladores. Un olor a leña quemada se expande en el aire y da la bienvenida a la comunidad.



Figura 8. Vista de Cuentepec desde la carretera principal. Foto: Santana, 2019.



Figura 9. Los diseños de las casas y el paso del tiempo. Foto: Santana, 2019.

Sobre la calle principal, Kuentepetsin, se aprecian casas y locales de estilos diversos. Lo viejo y lo contemporáneo comparten el mismo espacio: casas de carrizo, casas de adobe con tecorral y estructuras de concreto (figura 9); entre estas últimas resaltan estilos particulares que probablemente fueron replicados después de las idas y vueltas de sus pobladores a Cuernavaca o de sus salidas a Estados Unidos. Cada una muestra el paso del tiempo y la evolución de la comunidad, pero también sus protestas.

En la cara lateral de uno de los locales que se encuentran en la entrada de la comunidad llama la atención una pinta que lleva inscrita unas sentencias: “No a la minera mata pueblos”, “No se dejen vender por la mina canadiense” (figura 10). Desde hace unos años los habitantes de Cuentepec se encuentran en resistencia ante el proyecto minero “La Esperanza”, que tiene una concesión que abarca casi la totalidad de su territorio, la cual se ha otorgado sin consulta y sin consentimiento de la comunidad. La pinta es la representación simbólica de la voz de la comunidad, que lanza un mensaje



Figura 10. Protestas: “No a la minera mata pueblos”. Foto: Santana, 2018.

político de resistencia y oposición ante el despojo de territorios por parte de los megaproyectos.

Al acercarnos al centro también encontramos la escuela primaria bilingüe Miguel Othón de Mendizábal, que fue la piedra angular del inicio de la educación formal en Cuentepec, seguida al día de hoy por la escuela de educación inicial María Josefa Ortiz de Domínguez, el jardín de niños Alfonso Caso, la escuela primaria Kuentepetsin, la telesecundaria Quetzalcóatl y un bachillerato (preparatoria). En ese rubro Cuentepec dispone además de una biblioteca pública, lo que muestra la gran importancia que tiene la educación para sus habitantes.

Bordeando la calle asoman locales y pequeños comercios: ferreterías, misceláneas, verdulerías, pastelerías, carnicerías, puestos de ropa y artículos diversos y, sobre todo, molinos de nixtamal. Los pobladores de Cuentepec se dedican principalmente al campo, fuente de sustentabilidad alimentaria de muchas familias. También encontramos albañiles, artesanos, profesionistas y comerciantes.

Las mujeres, por su parte, se dedican a trabajos domésticos fuera de la comunidad y como ayudantes de cocina, en la elaboración de tortillas a mano; también hay alfareras, costureras, profesionistas y comerciantes (figuras 11, 12 y 13).

El autoempleo es la principal fuente de ingresos y es la respuesta de los habitantes ante la falta de trabajos formales en la comunidad.



Figura 11. Venta de piezas de barro. Foto: Santana, 2019.



Figura 12. Don Filogonio en su puesto de frutas y verduras. Foto: Santana, 2019.



Figura 13. Venta de alimentos.  
Foto: González, 2019.



Figura 14. Recolección de leña.  
Foto: González, 2019.

En Cuentepec la vestimenta de las mujeres es llamativa. Si bien hay quienes visten con pantalones, blusas, vestidos y ropa bastante común, la mayor parte de ellas, e incluso algunas niñas y adolescentes y principalmente las mujeres mayores, usan un traje especial típico de las cuentepequenses, que consiste en una falda tableada, una blusa de manga larga o corta, un delantal y un rebozo (figuras 14, 15 y 17). Todo el conjunto es diseñado y confeccionado por ellas, a excepción del rebozo. Así es como recuerdan haber vestido desde hace años, como visten sus madres y abuelas y como vistieron sus ancestros.

Los hombres, por su parte, decidieron dejar atrás el calzón de manta y optaron por los pantalones y las camisas, conservando los huaraches y el sombrero (figura 16).

Caminando en línea recta por la calle Hidalgo –Kuentepetzin para ellos– se llega al centro, donde hay mayor concurrencia y se entrecruzan saludos de un extremo de la calle al otro: *Nia*, “Buenos días”. Aquí el saludo es importante:



Figura 15. Vestimenta tradicional.  
Foto: González, 2019.



Figura 16. Pareja con la vestimenta habitual.  
Foto: González, 2019.

es un símbolo de comunalidad, pero también de respeto. En el saludo se reconocen entre ellos y generan vínculos. La lengua de la comunidad sale a relucir en las conversaciones de los pobladores y también en las calles, que en tablas de madera llevan inscrito sus nombres en náhuatl (figura 18).

Justo en el centro, en el corazón de la comunidad, se aprecian cinco figuras representativas del poblado: la iglesia (símbolo religioso, figura 19), la ayudantía y las oficinas comunales (símbolo político), el zócalo (símbolo social), un pequeño auditorio que funge como lugar de reunión y como bodega y, por último, una especie de piso elevado que es utilizado de vez en cuando para presentaciones de la comunidad (estos dos últimos son símbolos culturales).

El zócalo o plaza principal es el reflejo de las dinámicas sociales de Cuentepec. Su actividad inicia desde las 7:00 de la mañana, cuando se puede ver a los pobladores alistados con escobillas, morrales cargados con frijol y hojas de maíz; todos en espera del “Lasser” (el autobús que es el único medio de transporte

público de la comunidad) para llevar a vender sus productos a Cuernavaca y a Temixco, principalmente. También hay personas que se dirigen a sus trabajos y jóvenes en dirección a sus escuelas; mujeres y hombres sentados en las banquetas del zócalo, iniciando su rutina cotidiana. Así mismo, se puede observar a quienes se quedan: transitan por las calles mujeres en rebozo que llevan consigo bolsas de mandado y algunos hombres se dirigen al campo con morral a la espalda; otras más caminan de prisa para llevar a sus hijos a la primaria.

La plaza se utiliza como lugar de paso, pero también es un espacio de autoempleo para un sector de la población (figura 20). Los vendedores



Figura 17. Alfarera con el inconfundible delantal de Cuentepec. Foto: González, 2019.



Figura 18. Las calles hablan un idioma común: calle Tlatelpan, Cuentepec. Foto: Santana, 2019.



Figura 19. Fachada lateral de la iglesia de Cuentepec. Foto: Santana, 2019.

montan sus puestos en los alrededores del quiosco: fruterías y verdulerías, puestos improvisados de tamales y atole, y un puesto de Herbalife que se encuentra en uno de los locales del quiosco; éstos son los primeros en ocupar el espacio.

Por la tarde llega doña Ema, la señora de “las dobladas”, y doña Alejandra, quien vende frijoles. En la tarde el movimiento aumenta, puesto que los niños y jóvenes salen de las escuelas. Por tanto, se vuelve a observar el mismo escenario matutino, pero a la inversa: mamás yendo a recoger a sus hijos, jóvenes en grupos regresando a sus casas y mujeres cargando cubetas de nixtamal en dirección al molino.

A lo largo del día el movimiento de la gente fluctúa, dependiendo de la hora y el clima. El zócalo cambia de actores y se llena y se vacía hasta la llegada



Figura 20. Lo que se vende en la plaza de Cuatepec. Foto: Santana, 2019.

de la noche, cuando su espacio lo ocupan mayormente los hombres: jóvenes y adultos, quienes aprovechan para pasar el rato. Es entonces, sobre todo en fin de semana, cuando se llena de barullo: risas, conversaciones en tono fuerte y música crean un ambiente de compañerismo; los hombres y los jóvenes beben mientras hablan de amores, familia, amigos e incluso trabajo. Empiezan con muestras de afecto y en muchas ocasiones terminan en peleas: un golpe por aquí, un botellazo por allá. De repente, el sonido de un disparo... entonces se hace el silencio. La plaza de Cuatepec es el escenario de la sociabilidad, pero también de los conflictos de la población. Todo coexiste en este lugar: trabajo, ocio, consumo, queja, disputa y sentir social.

En medio de todo se encuentra un quiosco rodeado de árboles, en donde resaltan dos especímenes de tamarindo; al fondo, en colores vivos y cálidos,



Figura 21. Símbolos de la memoria de Cuentepec, explanada de la plaza principal. Foto: Santana, 2019.

hay un mural que alude al pasado: es la imagen del general Zapata sosteniendo una mazorca de maíz, junto a la de un guerrero águila y una mujer que transmite la lengua materna al bebé que sostiene en brazos (figura 21). Todos estos símbolos albergan un significado fuerte: la revolución mexicana, que fue para muchas comunidades de Morelos el primer paso para recuperar aquello que les fue arrebatado; la imagen del maíz, que es el alimento básico de muchas comunidades indígenas; la mujer que parece dar continuidad a la lengua y el guerrero águila, que podrían representar sus raíces prehispánicas. Un recordatorio del pasado que se hace presente no sólo en este mural sino en la memoria misma de los pobladores. En Cuentepec la memoria colectiva guarda la historia de una población, la resistencia al desarraigo de su lugar de origen.

## *Las raíces prehispánicas*

Muchas de las comunidades actuales de Morelos se fundaron durante el periodo posclásico: 900-1521 d. C. Durante este periodo llegaron al altiplano central de Morelos inmigrantes hablantes de náhuatl: los tlahuicas, quienes se asentaron en el centro y occidente del estado. Se cree que de esta cultura surge Cuentepec (Gerhard, 1970).

El arribo de los tlahuicas a Morelos incrementó procesos de crecimiento y expansión poblacional, pero estos pequeños *altépetl*<sup>2</sup> se vieron cooptados en 1519, quedando sujetos al tlatoani de Tenochtitlan y viéndose forzados a pagar tributo al imperio de Cuauhnáhuac (Smith, 2010). A partir de este año Cuentepec (Cohuintepepec en ese entonces) empieza a figurar en la lista de *altépetls* pertenecientes a Cuauhnáhuac:

Las unidades más amplias de la Mesoamérica prehispánica eran grupos de ciudades-estado, cada una con su propio señor, pero bajo la supremacía de una ciudad capital y su soberano. Estos reinos dominaban además otras ciudades de las que recibían tributos (Carrasco, 1991: 177).

La vida cotidiana y las formas de organización se mantuvieron y los pobladores seguían venerando a sus dioses. En Cuauhnáhuac se adoraba a los dioses Xipe Totec (dios de la primavera y de la nueva vegetación), la diosa Xochiquetzal (relacionada con la fertilidad), así como a Tláloc (dios de la lluvia) y Ehécatl (dios del viento), con templos dedicados a ellos (Maldonado, 2000). Sin embargo, el sincretismo religioso inherente a la Conquista dio como resultado, para muchos grupos indígenas actuales, una “reinterpretación simbólica y la configuración de nuevas tradiciones populares”, así como la conservación de elementos antiguos (Broda, 2003: 17). En Cuentepec aún se mantiene el ritual a los “airecitos”: *milakuaj* u ofrenda de piedra, dedicado a los aires, espíritus del viento, uno de los rituales sagrados ancestrales que refleja la relación que muchos pueblos mesoamericanos mantenían con la naturaleza.

“No sé cómo inicia esta tradición, pero es antigua. Yo recuerdo como la ponían en mi casa; desde mi mamá, desde mi papá, así crecí”. Cuenta doña Corazón, alfarera de 64 años.

<sup>2</sup> *Altépetl*: así se denomina a las unidades sociopolíticas, es decir, a las ciudades o asentamientos.

De igual manera, la síntesis de elementos culturales derivados de una cosmovisión mesoamericana y de la implantación de la religión católica se refleja en la fiesta de San Miguel, puesto que el santo no sólo es el encargado de ahuyentar al diablo, sino también de proteger la milpa y la cosecha de los malos aires. Pero la prevalencia de la cosmovisión mesoamericana no sólo se aprecia en los ritos y celebraciones: también en su organización social y en su lengua. En relación con las tierras y sus formas de organización antes de la Conquista se refiere que

la célula era la casa familiar o *calli*; el *ithaualli* que era un conjunto de casas de una misma familia alrededor de un patio; el barrio con sus terrenos de siembra era el *calpulli*; y el *altépetl* era el pueblo (Figueroa y Cortés, 1989: 24).

Los hogares compuestos de varias familias son, sin duda, una de las principales formas tradicionales de organización familiar que aún subsisten en la comunidad, así como la organización comunal y los compadrazgos. Y también la lengua: Cuentepec es una de las principales comunidades indígenas de Morelos que aún después de 500 años de conquista y mestizaje conserva su lengua nativa: el náhuatl, utilizado en la cotidianidad y transmitido de generación en generación, lo que refuerza su identidad.

En este sentido, Cuentepec muestra una visión del mundo que tiene como raíz costumbres y tradiciones, formas de pensar, relacionarse y organizarse propias de pueblos originarios.

### *Pueblo de lucha: el regreso a Cuentepec*

Durante la Conquista, en el año 1521, muchas de las comunidades pertenecientes al imperio de Cuauhnáhuac fueron derrotadas y sometidas al dominio español. Con ello, uno de los principales cambios que sufrieron los reinos indígenas fue la transformación de sus unidades sociales, es decir, su incorporación a un sistema social más amplio. En esta época se repartieron mercedes reales que conferían títulos de los territorios conquistados, de manera que para 1529 el marquesado del valle de Oaxaca

estaba bajo el mando de Hernán Cortés<sup>3</sup> y Coahuiltepec había pasado a formar parte de él (Gerhard, 1986).

Por otra parte, se llevó a cabo el proceso de evangelización: la conquista espiritual, dando inicio a la implantación del cristianismo católico y, con ello, a la formación de una nueva religión. Coahuiltepec quedó así en manos de los franciscanos, quienes acogieron al pueblo bajo el manto de San Sebastián, que se convierte en el Santo Patrono de la comunidad: San Sebastián Cuentepec.

Aunado a esto, los conflictos por tierras que se presentaron desde la Conquista desplazaron a muchas comunidades de su lugar de origen; esto dio pie a que las haciendas azucareras adquirieran dichas tierras:

Al disminuir la población en el siglo XVI se llevaron a cabo las congregaciones de las comunidades indígenas dispersas, concentrándose en comunidades más compactas. Esta política se justificó por la mayor eficiencia en el gobierno y la administración religiosa, pero obviamente facilitó la ocupación de tierras por los españoles, y de este modo las nuevas poblaciones indígenas compartieron la tierra con las propiedades privadas, las haciendas (Carrasco, 1991: 179).

Fue así como “algunos de los pueblos quedaron como rancherías o estancias abandonadas. [...] Prevalció una situación legal ambigua. Sin embargo, los pueblos nunca olvidaron cuáles eran las tierras de los pueblos congregados y sus derechos sobre las mismas” (Landázuri, 2002: 169). De esta forma, el poblado de Cuentepec es congregado hacia Mazatepec a principios del siglo XVII, y sus tierras pasan por manos de diferentes españoles.

La comunidad sobrevive y queda ubicada al otro lado del río Tembembe, en el cerro Kuentepetsin:

La extensión territorial del actual pueblo de Cuentepec perteneció (en ese entonces) al Duque de Terranova y Marqués del Valle de Orizaba, pero para 1689 pasa a manos de don Juan García de Figueroa, bajo cláusula de pago de oro por común de rédito anual de censo perpetuo (Manrique, 1997: 35).

<sup>3</sup> Abarcaba una porción de lo que actualmente constituye la Ciudad de México y del Estado de México y casi todo el de Morelos, así como parte de Guerrero, todo Oaxaca hasta Tehuantepec y parte del estado de Veracruz.

Al no poseer títulos de respaldo, muchos pueblos tuvieron que luchar para recuperar la posesión de sus tierras, como es el caso de Cuentepec, que del siglo XVI al XVII se mantuvo en litigios por la usurpación de sus tierras (Von Mentz, 1988). Incluso se habla de estrategias más allá de las que se categorizaban como invasión de propiedad o daño a propiedad ajena, puesto que los cuentepequeses se habían ideado la forma de, sin obtener los títulos de sus tierras, volver a asentarse en ellas por medio de la petición a San Sebastián:

Se cuenta que hace muchos años el pueblo de Cuentepec se encontraba en un cerro llamado Kuentepetzin, al otro lado del río Tembembe. Allá, en la loma, había una casita de piedra donde estaba San Sebastián. Dice la gente que al santo no le gustaba aquel lugar y que aparecía acá. Entonces se lo traían, pero siempre volvía a aparecer del otro lado, y fue por eso que se construyó Cuentepec acá, porque al santo no le parecía vivir en aquel sitio. Por eso el pueblo se llama San Sebastián Cuentepec.<sup>4</sup>

La explotación y el arrebato de tierras fueron los detonantes de varios conflictos agrarios durante los siglos XVIII y XIX. En 1910, el régimen de propiedades de las haciendas abarcaba grandes extensiones del estado de Morelos; Cuentepec, entonces, pasó a formar parte de las propiedades de la hacienda de Temixco (Hernández, 1991: 253). Los conflictos eran frecuentes, y no fue sino hasta después de la Revolución que se restituyeron las tierras a sus propietarios originales. Aunque para una parte la restitución de sus tierras fue casi inmediata, para los pobladores de Cuentepec se demoró años.

Así, en 1921 los habitantes de Cuentepec solicitaron la restitución de tierras que les habían sido despojadas, y se les dotó provisionalmente con los terrenos necesarios para cubrir sus necesidades agrícolas. Obtuvieron una respuesta tentativa dos años después, como lo muestra el Registro Agrario Nacional:

RESULTADO SÉPTIMO: La comisión Local Agraria, con fecha 12 de septiembre de 1923, emitió su dictamen proponiendo que se niegue la restitución solicitada por improcedente<sup>5</sup> y se dote a Cuentepec con 3552 ha. de terrenos

<sup>4</sup> Historia reconstruida a través de diversos relatos de los pobladores de Cuentepec.

<sup>5</sup> Según el expediente de resolución y acta de dotación de tierras correspondiente al ejido de Cuentepec: “Los vecinos de Cuentepec no llegaron a comprobar que el despojo de las tierras

cerriles, las que se tomarían de la hacienda de Temixco y de las tierras que se encuentran al suroeste del pueblo y que aparecen como nacionales.

Finalmente, la Comisión Nacional Agraria modifica el fallo de 1923 y resuelve, en 1927, que se dote a Cuentepec con 4950 hectáreas de tierras, lo que afecta terrenos colindantes de la Hacienda de Temixco con 3538 hectáreas y a terrenos nacionales con 1419.

No obstante, Cuentepec logra la titulación y confirmación de sus bienes comunales veintisiete años más tarde. El 26 de octubre de 1954 el Diario Oficial de la Federación publica la siguiente circular:

PRIMERO.- Se reconoce y debe titularse correctamente a favor del poblado Cuentepec, municipio de Temixco, del Estado de Morelos, una superficie de 2,279 Hs. (dos mil doscientas setenta y nueve hectáreas) de terrenos cerriles y pastales, que pertenecen en propiedad comunal a dicho poblado, cuyas colindancias y linderos quedaron detalladas en la parte considerativa de este fallo.

Después de años de lucha, actualmente los pobladores residen en aquellas tierras de las que siglos atrás fueron despojados.

### *Fiestas y ceremonias rituales*

Las fiestas y rituales expresan cosmovisiones, ideologías, historias e identidades compartidas: los que participan en una fiesta o ritual comparten muchas cosas: un territorio, un trabajo, una profesión, la familia, unos sentimientos o creencias. La fiesta es, pues, la celebración de las identidades (Martínez, 2001); por tanto, proyectan las formas de reproducción social y simbólica de una comunidad, tanto actuales como pasadas.

Como en muchas comunidades indígenas, en Cuentepec las fiestas están asociadas a los ciclos agrícolas, que pasaron de ser parte de la religión estatal a ser parte del culto local a partir de la evangelización. El culto a los

---

por ellos reclamadas, se hubiera verificado por alguno de los procedimientos de la Ley del 6 de enero de 1915, debiendo estimarse improcedente la restitución intentada”.



Figura 22. Altar doméstico. Foto: González, 2019.

santos tomó lugar como festividad pública, desplazando al ámbito privado los ritos propios de su cultura: ceremonias del ciclo de vida, curaciones y rituales que acompañaban las actividades productivas como la agricultura o la cacería, y cuya sobrevivencia se debió a su carácter privado y familiar (Carrasco, 1991: 200). De esta forma, surge un sistema religioso con ritos y creencias diferentes, separadas, pero que comparten elementos culturales que se han sincretizado (figura 22):

El sincretismo religioso que surge a partir del siglo XVI, retoma ciertas formas de culto prehispánico que antes habían formado parte de la religión estatal. Entre ellas el principal elemento es el culto agrícola, que se encuentra en íntima relación con las manifestaciones de la naturaleza (en torno a los ciclos de cultivo de maíz y otras plantas, el clima, las estaciones, la lluvia, el viento, las fuentes, los cerros, las cuevas, etcétera (Broda, 2003: 17).

## Fiesta patronal de San Sebastián



Figura 23. San Sebastián. Foto: Santana, 2019.

Días antes de la fiesta del pueblo, la plaza se transforma. Se cierra la calle principal y ocupan lugar en ella toda clase de juegos mecánicos que anuncian la proximidad de la feria. La plaza abre sus espacios a diversos puestos de venta: ropa, comida, fruta, venta de objetos diversos como flores, calzado, etcétera. Por su parte, la entrada de la iglesia es adornada con un arco de flores. Este año se va a festejar al santo fuera de las instalaciones de la iglesia, ya que por el sismo del 19 de septiembre del 2017 aún no la abren. Por tanto, el santo toma posesión del lugar donde normalmente los niños y jóvenes de la comunidad realizan catequesis. Se disponen sillas y bancas alrededor del lugar, en forma de anfiteatro. A San Sebastián (figura 23) le colocan coronas de cucharillas a los costados, y en el cuello un collar de flores de cempoalxóchitl.<sup>6</sup> El santo

<sup>6</sup> Las coronas de cucharillas son hechas a mano con palma y con la cucharilla del tehuizote. Tanto las coronas de cucharilla como el collar de cempoalxóchitl son promesas que el santo ha recibido.

yace normalmente en el interior de la iglesia, entre rosas y velas, al lado del púlpito y de la pila bautismal.

En Cuentepec no hay mayordomo, pero el ayudante municipal es el encargado de los preparativos de la fiesta. Él se encarga de pedir las cuotas para conseguir la pirotecnia, el jaripeo y los adornos de la iglesia, y de asegurarse que todo esté listo para la fiesta.

En la madrugada del 20 de enero, el silbido de los cuetes anuncia a la comunidad el inicio de la fiesta del santo patrono, que coincide con el cierre del ciclo agrícola. El cielo y el aire se llenan de pólvora y la celebración comienza con “Las mañanitas” que se llevan al santo apenas clarea el alba. La música es acompañada por detonaciones de pirotecnia y al lugar empiezan a llegar las “promesas”. Las velas se encienden al pie del santo y la luz ilumina las siluetas de los solicitantes (figura 24).

La misa da inicio al medio día y es acompañada de bautizos y comuniones. Durante todo el día se va congregando un tumulto de gente que no sólo es de la comunidad: buena parte del público asistente viene de fuera: Alpuyeca, Cuernavaca, Xochilcalco, Tetlama y Temixco son los principales lugares de proveniencia. Algunos han venido a dejar promesa, otros aprovecharon para



Figura 24. Promesas. Foto: Santana, 2019.



Figura 25. Chinelos danzando. Foto: Santana, 2019.

ir a vender y unos simplemente quieren disfrutar la feria. Quienes dejan promesa piden por la salud y el bienestar de sus familias, un buen temporal y uno que otro favorcito especial.

Termina la misa y el cielo se vuelve a llenar de pólvora. El barullo de la gente ahora se dirige a la plaza; la iglesia queda casi vacía. El ritual toma las calles y el festejo es público y colectivo (figura 25).

La plaza queda abarrotada de gente: tanto pobladores como visitantes disfrutan de la feria y conviven. El zócalo tiene olor a pan de feria y dobladas, y se puede ver a la gente ir de aquí para allá visitando los puestos y subiéndose a los juegos (figura 26). Todos esperan la quema del castillo. Las personas que no se quedan en la feria se van a casa de sus compadres, quienes los esperan para festejar al santo. La fiesta también es un momento de encuentro con los otros.

En las casas, algunas familias se preparan para recibir a los compadres, invitados especiales a la fiesta. Desde el día anterior comienzan con los preparativos para la comida: las mujeres compran todo lo necesario para el mole



Figura 26. Día de feria. Foto: Santana, 2019.



Figura 27. Doña Zenaida checa si cuenta con todo para hacer el mole.  
Foto: González, 2019.



Figura 28. Doña Zenaida preparando mole. Foto: Santana, 2019.

(figura 27) y los refrescos y arreglan un poco sus patios. El mero día terminan el mole o el guiso que van a preparar, dan una última pasada a la limpieza de los patios y comienzan a colocar mesas y sillas (si no las tienen, las mandan a pedir desde temprano con con algún vecino o las rentan).

Después, van al molino a moler el maíz para las tortillas y esperan a sus invitados. Minutos más tarde comienzan a llegar grupos de gente a las casas: doña Zenaida (figura 28) recibe a sus compadres, familia cercana y amigos que hizo en “Cuerna” gracias a la venta de alfarería. La fiesta no sólo es pretexto para beber y divertirse; es una forma de generar lazos de convivencia y comunalidad. La vecina que viene a ayudar a preparar el mole, el compadre que presta las sillas e incluso la clienta habitual: todos conviven en un sólo espacio. “La conocí cuando iba a vender a Cuerna, le compraba muchas piezas de barro. De hecho, casi siempre vengo a comprarle a doña Zenaida; desde entonces nos llevamos bien”, comenta su amiga mientras recibe un toper de mole para llevar a casa.

Los invitados conversan un rato con los compadres; el esposo de doña Zenaida se queda acompañándolos, mientras ella regresa a la cocina para seguir echando tortillas. En la cocina están todas las mujeres de la casa: sirven platos

de comida, echan tortillas y recalientan el mole. En las casas la fiesta sigue hasta el día siguiente: las familias comen, bailan, beben y conversan.

Entrada la noche ocurre lo que muchos esperaban: cerca del quiosco se enciende el castillo. La algarabía, las risas, los aplausos y los gritos invaden la plaza. El silbido de la pirotecnia se intensifica y después disminuye hasta desaparecer. El ritual ha terminado. Durante los siguientes tres días se mantienen el jaripeo y los juegos (figura 28), pero la gente vuelve a su rutina cotidiana. Ya han reafirmado su pertenencia a la comunidad.

### Fiesta de San Miguel Arcángel



Figura 29. Altar a San Miguel Arcángel dentro de la iglesia de Cuentepec. Foto: Santana, 2019.

La fiesta dedicada a San Miguel se celebra el 29 de septiembre (figura 29) y, al igual que a San Sebastián, se le hace una celebración grande: se cierran las calles para dar pie a la feria, se coloca un arco en el portal de la iglesia y se da una misa. San Miguel es considerado por los pobladores el segundo santo patrono de Cuentepec, razón por la cual acompaña en el altar a San Sebastián en su día.

San Miguel Arcángel es conocido por ser el guerrero celestial que derrotó a Satanás (el diablo), concediendo la victoria al pueblo de Dios. Pero el santo no sólo es el encargado de ahuyentar al diablo de los hogares, sino que también es quien cuida la milpa, confiriéndosele así la protección de la cosecha contra los *aires*, papel importante que desempeña dentro de la cosmovisión indígena.

*Las cruces se ponen para proteger la mazorca de los aires, pa' que el diablo no haga travesuras y tumbé la milpa* (Doña Próspera, 2019).



Figura 30. Arco en la portada de la iglesia de Cuentepec.  
Foto: Santana, 2019.

*Las cruces son para cuidar la milpa, por eso se ponen en todas las esquinas. Así San Miguel protege a la milpa de los aires* (Don Manuel, campesino, 2019).

La celebración de San Miguel coincide con el término de la temporada de lluvia y también con las primeras cosechas de la milpa, es decir, la primera elotada; ocurre de igual manera en el poblado de Tetlama. A partir de esta fecha las familias comienzan a tener en casa su fuente principal de alimento: el maíz. Y es que en Cuentepec la agricultura es en su mayoría de temporal, puesto que son pocos los terrenos que se encuentran cerca del río, por lo que muchos campesinos sólo tienen una cosecha cada año.

Al igual que en otras comunidades de Morelos, cada 29 de septiembre muchas ventanas, puertas, locales e incluso carros son adornados con una cruz de flores de pericón, conocida como *yaubtli* en náhuatl. Cada casa luce las cruces, que en su mayoría son hechas por ellos con el pericón que recogen en el campo. El pericón, al igual que el miguelito, es una planta cuya floración coincide con la celebración, por lo que comparte una relación íntima con ella (figura 30).

Mientras en el ámbito público se lleva a cabo la misa y se entregan las promesas al santo, en las casas y en el campo ocurre algo distinto días antes.

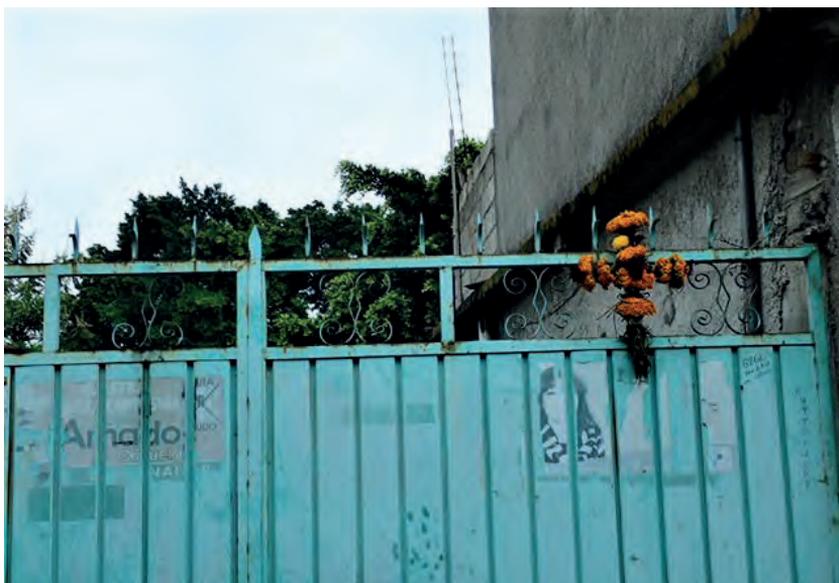


Figura 31. Cruz de pericón. Foto: Santana, 2019.



Figura 32. Cruz de pericón en la milpa. Foto: Santana, 2019.

El día 27 los campesinos recogen el pericón que van encontrando de vuelta a casa y alguna que otra flor que adornará el centro, para al día siguiente hacer sus cruces con esa flor. Cruces en plural, porque, a diferencia de las ciudades, donde normalmente se coloca una sola cruz en la puerta de las casas, en Cuentepec se colocan cinco: una es la que protegerá la casa (figura 31) y cuatro están destinadas a resguardar la milpa. Un día antes, en la víspera de San Miguel, los campesinos aprovechan la mañana para iniciar la confección de las cruces, tarea que desempeñan con natural destreza, ya que, en un abrir y cerrar de ojos, las cruces están listas. Esa misma mañana se dirigen al campo, pero antes de iniciar su jornada habitual colocan las cruces (figura 32). Primero, en la esquina cercana a la entrada del terreno: se persigna la cruz y, con cuidado, se ata con mecate a la mazorca. Acto seguido, se reza el padrenuestro diez veces; así se continúa con las demás esquinas, hasta terminar. Las cruces permanecen en la milpa hasta que éstas se secan y caen junto a los tallos de mazorca.

El día de la celebración algunos le llevan “promesa” al santo a la iglesia (figura 33) como último paso, mientras otros finalizan el ritual en la milpa.



Figura 33. San Miguel. Foto: González, 2019.

Después se retiran o esperan a sus invitados en casa, donde los recibirán con mole, cerveza y música.

En Cuentepec el tiempo de pisar comienza a mediados de noviembre y en algunos casos se extiende hasta finales de diciembre. “Este año San Miguel hizo bien su trabajo; ya veremos cómo nos va el año que viene”, dice don Manuel mientras corta unos elotes tiernos de su milpa.

### Mixo: escapulario

*Aquí existe la enfermedad del escapulario. Mi hija ya se enfermó del escapulario: le dolía la cabeza, el estómago y tenía vómito. A ella le daba pena decir que quería santo.*

Doña Lorenza Peña, 2019.

El *mixo (micho)*, “querer santo” o “escapulario” es un ritual que deriva de una enfermedad de filiación cultural en Cuentepec. El fin del ritual del “escapulario” es curar al enfermo de una variedad de síntomas: dolor de cabeza y estómago, diarrea, vómito, falta o exceso de sueño; los malestares pueden variar de persona en persona. Esta enfermedad se presenta con mayor frecuencia en el mes de junio, correspondiente a la llegada de las lluvias.

El tratamiento de este malestar consiste en entregar un escapulario con la imagen de Santo Domingo a la persona enferma (figura 34). De ahí el nombre de “escapulario” dado al ritual. El “escapulario” o “dar santo” es uno de



Figura 34. Escapulario con Santo Domingo. Foto: González, 2019.

los rituales más comunes en la comunidad, y es compartido con otra de las comunidades de Morelos, Coatetelco.

Este padecimiento lleva años formando parte de la comunidad y, aunque ha perdurado, hay algunas cosas que han cambiado en él. El ritual del escapulario solía realizarse únicamente a los bebés y niños de la comunidad, pero en la actualidad se puede llevar a cabo en cualquier persona sin importar su edad.

El proceso del *mixo* inicia con el diagnóstico de la enfermedad. La persona comienza a presentar ciertos síntomas que normalmente la hacen acudir a los servicios médicos, pero si el malestar no se quita ni mejora, da pie a suponer que se trata de *mixo*. Entonces se acude al curandero de la comunidad, quien corroborará que es la enfermedad y dará el nombre del padrino (que es el encargado de dar el escapulario al enfermo).

*El curandero es quien escoge al padrino, bueno, él dice si el padrino que la persona quiere es o no es el que va a dar el escapulario* (Rosa, 2019).

El padrino también puede presentarse ante el enfermo en sueños o por intuiciones, pero se dice que es el santo el que lo escoge. Aquí el papel del curandero es el de intérprete e intermediario entre los santos y las personas.

*La persona la escoge el santo: sueñas con ella, quieres verla o estar en su casa, esa es la que va a ser el padrino. Ya para confirmar, tienen que ir con el curandero, él es el intérprete de la persona* (Jennifer, 2019).

La familia del enfermo y el enfermo acuden a casa del padrino a pedirle *mixo*, dando inicio a la ruptura del tiempo cotidiano para entrar en el tiempo sagrado, donde el ritual del *mixo* toma forma.

Las primeras medidas después de ser detectada la enfermedad deben ser prontas; por eso, los padrinos amarran listones verdes y rojos en los tobillos y muñecas del enfermo, con el fin de detener los síntomas. Así dejan pasar ocho días, tiempo durante el cual algunas personas se curan, por lo que el ritual termina ahí. Sin embargo, si eso no ocurre, se procede a “dar escapulario”. A partir de este punto se entra a un “nuevo” ritmo (el de la comunidad) y un “nuevo” espacio —el de la celebración— (Martínez, 2001: 356).

Durante un lapso relativamente corto, la familia tiene que iniciar los preparativos para el “escapulario” (figura 35): hacerse de los materiales necesarios, comida y bebidas, conseguir la banda (en caso de contratarla, si no, conseguir las bocinas y el equipo de sonido); y todo lo necesario para atender a los padrinos y los invitados, que también son actores importantes en el ritual, porque,



Figura 35. Doña Cristina con su escapulario. Foto: González, 2019.

aun cuando la celebración es íntima, es compartida con aquellos que tienen las mismas creencias.

El ritual comienza en la mañana, cuando se va a dejar a casa de los padrinos la comida: mole rojo, arroz y caldo rojo. Los padrinos, junto con los invitados y la familia del enfermo, se disponen a comer y beber hasta entrada la tarde, cuando todos en caravana se dirigen a casa del afectado, donde se dará el escapulario. Allí se coloca un tapete donde los padrinos cambiarán al enfermo y le pondrán una muda de ropa de color rojo: ropa interior, vestido si es mujer o pantalones y camisa si es hombre, calcetines y zapatos. Esto lo hacen frente a los invitados cuando el enfermo es un bebé o un niño, pero en caso de ser personas adultas o jóvenes se permite un poco de privacidad. Después colocan dos escapularios alrededor del cuello del enfermo: uno lleva la imagen de Santo Domingo y el otro simula el cuerpo del enfermo con los listones rojos y verdes atados en las extremidades. Ambos escapularios son confeccionados por los padrinos. Luego se coloca una vela a los pies del enfermo. La consumación de la vela indica el término de la ceremonia, pero el ritual se prolonga hasta la noche y la celebración continua, se reparte pan, chocolate y cerveza. La duración de la fiesta puede variar; algunas terminan a las 9:00 de la noche y otras a las 3:00 de la madrugada; todo depende de la cantidad de alcohol que se reparta.

Durante la celebración todas las personas deben tener fe y creer que Santo Domingo va a realizar bien su trabajo; además, deben tomar hasta la ebriedad, puesto que esto asegura la curación del enfermo. En este ritual son las mujeres quienes más beben, puesto que los hombres se encuentran trabajando y regresan en la noche; casi todo el ritual lo preceden ellas. El gasto del ritual del escapulario va de 5 mil a 15 mil pesos; por ello algunas familias contraen grandes deudas con el banco o con sus familiares o amigos. Y del total, más del 50 % del dinero es utilizado para comprar bebidas alcohólicas. Por lo anterior el *mixo* es visto por algunos pobladores como un factor que contribuye al alcoholismo en la comunidad, pero igual se continúa practicando. El papel que juega el alcohol en muchos rituales y fiestas se debe a su valor no sólo recreativo sino ceremonial, pues en muchos casos es la bebida la encargada de propiciar la apertura a una dimensión sagrada: “Todos estos actos son códigos de entrada al tiempo y al espacio festivo. Sin ellos no hay fiesta” (Martínez, 2001: 356) ni ritual, aunque ahora algunos pobladores los cuestionen.

### *Milakuaj*: Ofrenda de piedra



Figura 36. La cruz y los ramos de flor de miguelito. Foto: Santana, 2019.

¡Xwalakan xitlakuake! ¡Ven a comer!

*Don Vicente, el curandero del pueblo, realiza una plegaria a los airecitos. Siempre les habla en náhuatl, en nuestra lengua. Les dice que vengan. Que ya les pusimos su ofrenda, que es para ellos. ¡Xwalakan xitlakuake! Así escucho que les dice (Mari, 2019).*

El *milakuaj* u ofrenda de piedra es uno de los rituales que se realizan en la comunidad de Cuentepec y que muestra, en mayor medida, la relación con las prácticas mesoamericanas. Consiste en levantar una ofrenda a una piedra sagrada que representa a los “airecitos”: espíritus del viento (figura 36).

Se trata de una de las tradiciones más ancestrales de la comunidad, tan antigua que es difícil para los pobladores recordar su origen. Pese a que en la comunidad se sabe de las ofrendas de piedra, nadie sabe a ciencia cierta cómo surgieron. “Es algo de hace años”, se limita a decir doña Corazón, de 64 años (la mayor de sus hermanos). “Algo muy antiguo, a mí ya no me tocó saber eso”,

comenta, haciendo referencia a la existencia de un lazo histórico ancestral. La ofrenda de piedra es una tradición propia de la comunidad, familiar, cuyo saber fue transmitido por padres, abuelos o familia política:

*Yo recuerdo cómo la ponían en mi casa; desde mi mamá, desde mi papá, así crecí. Ya cuando me casé, mi suegra me enseñó cómo la ponía ella. Heredé la piedra por mi suegra* (Doña Corazón, 2019).

Por su carácter privado y familiar, la ofrenda se lleva a cabo en los patios de las casas, frente a la piedra sagrada (figura 37), aunque su culto nunca fue así, pues los espíritus del aire son encarnados en una piedra que hace cinco siglos formaba parte de un templo, al cual se le rendía culto público. Sin embargo, después de la Conquista ese espacio fue cooptado por el culto a los santos católicos, quienes relegaron este ritual al espacio privado:

Al prevalecer los santos católicos en el culto público, los dioses paganos se convirtieron en espíritus con poca o ninguna conexión con los santos. Por ejemplo, los aires (ehécatl) de las creencias actuales son diferentes a los santos [...], mientras sus antecesores prehispánicos eran los dioscellos del viento y de la lluvia,

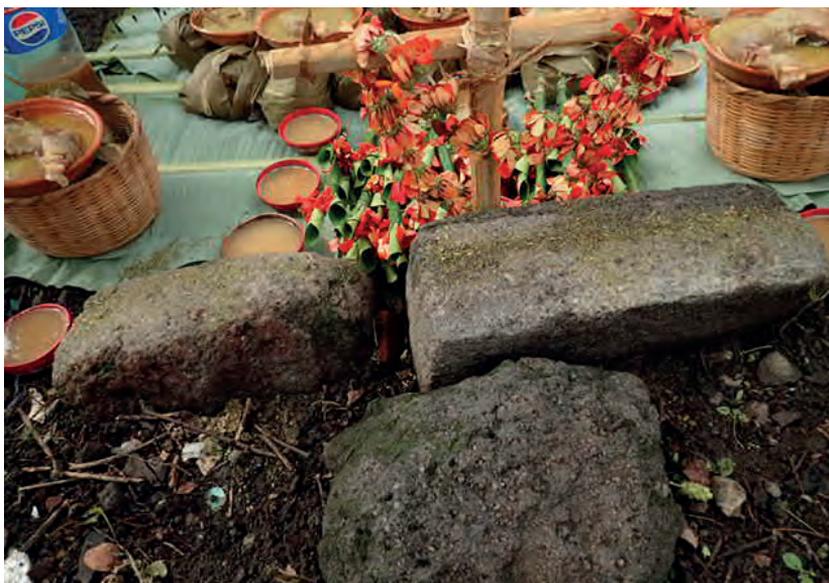


Figura 37. Las dos piedras sagradas y la ofrenda. Foto: Santana, 2019.

súbditos de Ehécatl, Quetzalcóatl y de Tláloc, y los dioses de la montaña (tepicoton) patrones de ciertos lugares, representados en ídolos que recibían culto público (Carrasco, 1991: 201).

El *milakuaj* es el único ritual en Cuentepec que no concede o transmite a ningún santo cristiano los poderes de una deidad prehispánica, pues, al hacer referencia a los “espíritus del viento”, remite al culto a Ehécatl, dios del viento:

En ese entonces la ofrenda no se realizaba frente a una piedra, sino que se llevaba a cabo en un altar edificado al dios del Viento. Con la llegada de los españoles se vieron obligados a dispersarse llevando consigo sus tradiciones. [...] A partir de ese entonces, se dejó de ofrendar al altar para empezar a hacerlo en los patios de las casas y delante de las piedras que habían formado parte del altar dedicado al dios del Viento (González, 2005: 75).

Se dice que son pocas las familias que poseen una piedra, y que se desconoce la razón por la cual ciertas familias tienen piedra sagrada y otras no. No se sabe un número preciso de familias que cuentan con piedras sagradas, pero se rumora que son más de treinta, sin contar a aquellas que ya no realizan ofrenda. El espacio que ocupan las piedras no es mucho mayor a 60 centímetros de largo por 50 de ancho. Normalmente se encuentran colocadas en el piso (tierra) o en algún lugar elevado o una repisa en el patio. En las ofrendas, se alimenta a los “airecitos” con mole verde de pollo, de preferencia de un gallo viejo. Se acompaña con tamales de frijol y tamales nejos, además de pulque, piloncillo y agua.

Los “airecitos” se manifiestan en la vida cotidiana a través de enfermedades, sucesos o a través de sueños:

*Luego uno los sueña, apenas aquí en mi casa llegaron unos señores. Yo decía: ¿pues quiénes son?, pero luego los saludé y los pasé al corredor. Me dijo Joaquina, “no va a alcanzar el mole” (cuando pasa la fiesta dan mole) y les dijo: “pues a ver cómo le hacemos”. Pues llegaron y yo no los conocía y ni les pregunté. Ya después desperté (Don Vicente, curandero).*

La importancia de los relatos sobre los “airecitos”, además del peso de la tradición que tienen, permite que el ritual se mantenga. A los “airecitos” se les atribuyen no sólo enfermedades, sino también muertes y malas cosechas.

*Hace años dejamos de poner ofrenda; no sé por qué ya no se ponía. Pero en ese entonces murieron mis dos hermanos. Primero murió uno: le picó un alacrán en*

*el campo y ya, se murió. Después no pasó tanto tiempo y murió el otro, también de un piquete de alacrán. Ahí nos dimos cuenta que la piedra quería comer y por eso se habían llevado a mis hermanos. Desde entonces volvimos a poner la ofrenda* (Doña Corazón, 2019).

El ritual de ofrendas dura 45 días; da inicio el 15 de agosto y culmina el 28 de septiembre. Durante ese periodo, las familias que tienen piedra deben acudir con el curandero para programar la fecha y la hora en que se va a realizar la ofrenda. El curandero va agendando las ofrendas de acuerdo con sus tiempos, no solamente se dedica al oficio de curandero, sino que también desempeña otros trabajos, como el de campesino. Normalmente se realizan cuatro ofrendas al día. “Tienen que hacerse a buena hora, cuando todavía hay sol”; por eso las ofrendas se empiezan a hacer a partir de las cinco de la madrugada y hasta las cinco de la tarde, aproximadamente. De acuerdo con don Vicente, la cuestión del horario está más vinculada a la facilidad que tiene para ver y realizar mejor el ritual que a alguna cuestión simbólica (que él recuerde).

El oficio de curandero no es algo que necesariamente se hereda a los hijos; también pueden ser familiares cercanos los elegidos para desempeñar esta labor: “es cuestión de que uno tenga interés y le guste hacerlo”, remarca don Vicente, quien lleva más de cuarenta años ejerciéndola. Don Vicente aprendió el oficio por su tío, a quien acompañaba a realizar el ritual:

*Cuando mi tío se enfermó y lo venía a ver la gente, pues le pedían de favor que fuera a poner los tamales (la ofrenda) y yo lo acompañaba. Y pues así, me dijo que le pusiera atención a cómo ponía las cosas, y si me gustaba que las pusiera yo al año. Y así, me dijo que si me gustaba pues así le hiciera. Yo lo seguí.*

Don Vicente es el único curandero en la comunidad que sabe realizar el ritual de la piedra y, por la misma razón, enseña a las personas a realizarlo por su cuenta:

*Yo por eso voy explicando, para que aprendan unos, porque no todo el día voy a andar aquí. Cuando Dios quiera me va a llamar y me voy a morir. Unos hasta apuntan lo que tienen que hacer. Les digo que no va a pasar nada, que pongan atención cuando lo pongan. Otros tienen miedo, les digo que no hay que tener miedo.*

El intento por preservar el ritual de la ofrenda a la piedra también permite que se transforme y tenga una continuidad diversa, puesto que, aunque exista una base sólida de saber, otra parte queda sujeta a la interpretación individual. Actualmente, hay personas que han dejado de realizar el ritual debido a su inserción en nuevas religiones y a la falta de interés por las viejas tradiciones; es el caso de algunos jóvenes.

*Algunas personas ya no lo hacen, dicen que es mentira. Sólo los católicos lo hacemos (Doña Corazón, 2019).*

*Hay gente que lo quita, ya no lo respetan. Lo ponen de la mampostería de la casa. Después hay unos que se enferman (Don Vicente, 2019).*

### La comunalidad: hacer en conjunto

En las casas, la preparación inicia días antes, cuando se adquieren los materiales necesarios para la ofrenda. Se compran las velas, la pepita, el pulque; se consigue el nixtamal, se cortan las hojas de plátano y se cortan las flores de miguelito (figura 38). El día antes de la ofrenda, se limpia y se pone a cocer el nixtamal y se mata al gallo, el cual se pone a hervir



Figura 38. Elementos para la puesta de la ofrenda. Foto: Santana, 2019.

y después se limpia y se despluma. Ese mismo día, a las siete u ocho de la noche, se lleva a moler el maíz antes de que cierren el molino. Entrada la noche y con la masa ya lista, se da inicio a la preparación de los tamales de frijol y los tamales nejos. Al día siguiente, en la madrugada, comienza la preparación del mole. Los preparativos para la ofrenda dependen de la hora a la que se haya programado, por lo que pueden variar. En la preparación del *huentle* participa toda la familia e incluso vecinas que quieran ayudar; es el momento ideal para reforzar los lazos comunitarios. Las fiestas y los rituales son el pretexto perfecto para la comunalidad y, en el caso de las mujeres, son un espacio para compartir y acompañarse. Nadie queda fuera; incluso se hace partícipe a los niños, quienes deben irse familiarizando para, en un futuro, ser ellos quienes realicen el ritual (figuras 39 y 40).

Las conversaciones y el acompañamiento se prolongan hasta la mañana del día siguiente, cuando se hace pausa para dar espacio a los protagonistas del ritual. Cuando inicia la puesta de la ofrenda, sólo pueden permanecer tres personas: el propietario de la piedra, el curandero y una persona más (cualquier



Figura 39. Espacios compartidos. Foto: Santana, 2019.



Figura 40. El hijo y sobrina de doña Corazón ayudando en la ofrenda. Foto: Santana, 2019.

familiar que ayude a colocar los alimentos). La presencia de los niños durante el ritual no es permitida, ya que se dice que pueden agarrar “mal aire”.

Ya que el curandero se encuentra en la casa se puede dar inicio al ritual (figura 41). El curandero coloca una cruz de palo detrás de la piedra y en el centro, a modo de collar, pone una flor de miguelito que está amarrada con doce palos. Se comienza por poner la hoja de plátano en el suelo y encima se ponen los elementos de la ofrenda. Se colocan dos velas a los costados y dos velas en las esquinas. De igual manera, doce flores en cada costado. También se traen doce platitos de barro con los tamales: “un plato para cada uno”, dice doña Corazón, y el resto de los tamales son puestos en un *chiquihuite*. Se colocan entonces dos cajetitos y la olla de mole a los costados. Se sirve el pulque en doce jícaras chiquitas. En una jícara aparte se envuelven piloncillo y agua. Para finalizar, se añade un sahumero con copal en el centro.



Figura 41. Don Vicente colocando los ramos de flores en la ofrenda. Foto: Santana, 2019.

Una vez finalizada la colocación de la ofrenda, el curandero realiza una plegaria. El llamado a los “airecitos” es por cuatro cerros importantes: Zempoala, Kuntepekin, Colotepec y Cuachi. También hace alusión a los ríos y a las barrancas. Pide a los “airecitos” que se acerquen, que vengan a comer; “nomás comes una vez por año, no todo el tiempo”, les dice don Vicente. También pide por la salud de la familia que ofrenda, para que no se enfermen y estén con bien.

La relación que se tiene con la naturaleza y el paisaje del lugar sale a relucir en las plegarias del curandero cuando nombra a los cerros, las barrancas y los ríos. La identificación simbólica de los *aires* con el territorio se ve reflejada en los lugares de donde se les invita a venir.

Tal como lo dice Livia González en su tesis sobre *milakuaj*,

es así como la dimensión local de la geografía ritual en referencia a los aires es dada por elementos líticos (las piedras sagradas), hidrográficos (pozos de agua y ríos), orográficos (barrancas) y florísticos (palmas y amates). Es decir, por todos aquellos lugares cercanos al poblado (y no tan cercanos) en los que se piensa que residen y descansan tales entidades naturales (2005: 82).

Una vez concluida la plegaria, el curandero hace un hoyo donde coloca un tamal y la cabeza de un gallo. El ritual dura entre media y una hora. Después de culminar, se hace una pausa. Se permite a los “airecitos” marcharse y se permiten ellos mismos romper con la sacralidad (figura 42). Se traen sillas y vasos desechables, y se da pie a la conversación y al pulque para amenizar la convivencia. Unos minutos después se levanta la ofrenda. La familia levanta los alimentos y se disponen a repartirlos y a comer. Nuevamente se reanudan los lazos de comunalidad y se hace llamar a las personas que colaboraron en el proceso. El curandero recibe como pago dos velas y flores, que él destinará a la imagen de la Virgen que se encuentra en su casa; pero antes, se integra al convite y al barullo.



Figura 42. Don Vicente y doña Corazón iniciando el ritual del *milakuaj*. Foto: Santana, 2019.